

Desde los tiempos en que dirigi en París la Galería du Dragon, cuya labor interrumpida me pondría en contacto con relevantes artistas mundiales —artistas que adquirirían en lo personal y en sus expresiones la significación del hallazgo permanente y de la lucidez—, siempre fue cuestión esencial para mí mantenerme informada del movimiento plástico de mi país, Venezuela. Este acercamiento, que no pocas veces asumía el compromiso directo, fue creciendo con los años.

No puedo dejar de confesar que era el mismo interés que me llevó a conocer —y en algunos casos a promover— la obra de relevantes artistas latinoamericanos que se identificaban con la orientación estética que entonces y ahora he procurado, corriendo todos los riesgos, sostener con todas mis fuerzas. Esta orientación o credo tiene que ver esencialmente con un realismo imaginario donde el espacio se muestra activo para prestarse a la transformación de los contenidos reales que el lenguaje de cada artista opera en función de un hecho plástico de visión poética y trascendente.

Pero en ningún momento como ahora, creo haber experimentado, de mi parte, un mayor grado de comprensión de ciertos desarrollos del arte figurativo venezolano que, desde 1979, llamaban mi atención. La distancia puedo decir que se ha aproximado a través de mi experiencia última en la Galería Minotauro, de Caracas, en donde he tenido la satisfacción de ocuparme en difundir —y en cierta medida orientar y alentar— el trabajo de un grupo de artistas jóvenes en el cual creo descubrir puntos de vista, trazados, frutos, que vistos en una perspectiva de exigencia universal permiten apoyar mi creencia de que nunca como en este momento la tradición de una plástica inventiva —que alía lo real y lo maravilloso— ha alcanzado —a despecho de ciertas tesis pesimistas— un punto de desarrollo más óptimo.

Este libro pesa, argumenta y, hasta donde es posible, da cuerpo a la confianza con que Juan Calzadilla y yo asumimos aquí el riesgo de intentar una primera confrontación —más bien un diálogo— de creadores figurativos de dos generaciones, con cuya obra reproducida en un marco de opiniones y conceptos se ha tratado de establecer un hilo de continuidad, una secuencia viva, una antología de signo surrealista, totalmente nuevos e insospechados.

**CECILIA AYALA**

Galería Minotauro

**M**elodias de formas que abren nuevos ojos alucinados logrando la participación en el sueño, cambiando así los ídolos en fantasmas susceptibles de modulaciones tan variadas que se acercan y se alejan perpetuamente de las situaciones encontradas.

Al límite del rigor o del exceso, las figuras, los objetos y los símbolos tienen valor tan sólo cuando están preñados de asociaciones humanas. Nuevas e innumerables construcciones se desarrollan en el interior de esta esfera donde se gesta lo humano que contiene y satisface todo, porque allí se encuentra todo «hasta lo eterno». Llegamos así a una serenidad nueva llena de fuerza que convierte el Arte en una operación mágica que transforma, que traspasa y recupera, dejando de ser un lujo para evolucionar hacia el recurso, el acto de auxilio.

**MILAGROS MALDONADO**

Producciones Infinito